

Poesía, identidad y 1898

VIRGILIO LÓPEZ LEMUS
Instituto de Literatura y Lingüística
Academia de Ciencias de Cuba

Un año puede ser referencial para la historia (economía, política y sociedad) y no serlo para la evolución de la poesía. Pero los acontecimientos de un instante histórico decisivo suelen luego repercutir en el discurso poético de una época. Estas no son dos ideas contradictorias por necesidad, ni contradicen la tesis de que la poesía en tanto género literario posee su sistema autónomo de evolución, alimentándose también de ella misma, sobre todo en cuanto a expresividad estilística, variedades formales y diversidades temáticas más potenciadas en unas ocasiones que en otras. La correlación entre la vida social y la escritura de la poesía no ha de verse como sujeta a una camisa de fuerza, así como tampoco el esquema generacional u otras coordenadas interpretativas globalizadoras.

Sálvennos estos *axiomas* para no comenzar por signos de igualdades entre la lírica y lo que aconteció en la prosa narrativa o de pensamiento en un momento tan crucial para las historias de Cuba y España como lo es el año 1898. Exactamente diez años antes, el Modernismo alcanzó un hito rubendariano en *Azul*, precedido por el esplendor inaugural del *Ismaelillo* (1882) de José Martí. Ese mismo Modernismo era ya en 1898 el movimiento más fuerte y renovador que conmovía a la lírica de la lengua española, incluyendo, por supuesto, a la España peninsular; su hito siguiente se realizó con otro libro de Rubén Darío: *Cantos de vida y esperanza* (1905), en torno al cual se publicaron en América hispánica notables y renovadores libros de José Santos Chocano, Julio Herrera y Reissig, Leopoldo Lugones y otras cabezas continentales, en tanto en España fue al menos el hoy muy olvidado Salvador Rueda quien parecía subir al carro modernista con mayores bríos¹. Se evidencia la posibilidad de sostener

¹ Rubén Darío: *Poesía*. La Habana: Arte y Literatura, 1989. “Los cisnes”, 347: “¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? / ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? / ¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros? / ¿Callaremos ahora para llorar después?”. Aquella idea del propio poema: “...a falta de victorias busquemos los halagos” parecía cobrar cuerpo en ciertos homenajes poéticos de la época... Luego Darío publicó en *El canto errante* (1906) su poema del mismo año “Salutación al águila”, que no dejaba de representar los signos de los tiempos: “Bien vengas, mágica Águila de alas enormes y fuertes / a extender sobre el Sur tu gran sombra continental...”. Responden a un optimismo y una esperanza incierta, contradictoria con el legado de la última carta de José Martí, donde advertía del peligro de esa extensión de alas que once años después saludaba Darío. Véase

la tesis sobre la existencia del desarrollo finisecular sostenido de la corriente lírica modernista predominante en estrecho vínculo con el proceso de identidad cultural iberoamericana, como fenómeno generalizado en el idioma. La relación del Modernismo con los problemas identitarios y las referencias al año crucial de 1898 dependen de las circunstancias de cada región o nación y, en particular, del diferente reflejo que en ellas tienen los hechos históricos de referencia.

Los acontecimientos históricos de 1898, diferentes en sus repercusiones para España, para Cuba y aun distintos para el resto de las Américas de lenguas castellana e inglesa, tienen diversidades de tratamientos o reflejos en las esferas de la creación poética, de acuerdo con lo que la fecha significa para los estados involucrados en su connotación definitoria. En poesía, no se advierte ni se advertirá en los años sucesivos ninguna repercusión de índole formal que no estuviera ya en los cimientos modernistas, y, en cuanto a razón estilística, dígase que en todo caso la crisis que ese año plantea para las naciones cubana y española coincide con la existencia de hornadas de poetas que o bien miran hacia atrás para refugiarse en modos de un romanticismo un tanto trasnochado, o en el mejor caso continúan la influencia expansiva del modernismo lírico. En los contenidos de los poemas sí se manifiesta una apertura hacia los temas sociales, sobre todo en los primeros años del siglo XX, seguramente como manifestación de la conmoción identitaria que recorre el orbe de la lengua española.

Para Cuba, la situación es otra en las esferas intelectuales en relación con lo que acontecía en España y toda América. España impulsaba con la crisis una de las “generaciones” más cumplidas en el orden de la reflexión sobre la “españolidad”; entre los asuntos predominantes en las obras de los escritores de la llamada “Generación del 98”, sin dudas descuella el valor identitario que condujo, por ejemplo, a uno de sus integrantes a escribir libros capitales cuyas esencias incluso filosóficas se detienen directamente en asuntos de identidad; piénsese en el impar *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), de Miguel de Unamuno. Las lucubraciones cervantinas de Unamuno trascienden el análisis literario, la revivificación paradójica de un texto canonizado o la hoy mejor llamada intertextualidad, para presentar un valioso análisis del ser español. Ese mismo año, Rubén Darío se lamenta o se cuestiona en el discurso identitario implícito del aludido *Cantos de vida y esperanza* con los versos dubitativos de “Los cisnes”: “¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés...?”². Casi simultáneamente el peruano José Santos Chocano publica *Alma América* (1906), poemario intenso que resultó ser el primer “canto general” de “nuestra América”, en instantes en que se evidencia la necesidad de autoevaluación o de búsqueda y hallazgo de identidad cultural colectiva frente a una alteridad que va siendo la misma para España que para la aún más subdesarrollada “América Latina”. El “otro” (otredad histórica) ya no lo eran tanto las sedes metropolitanas europeas, sino los Estados Unidos de Norteamérica. Tras la llamada Guerra Hispano-Americana (en verdad hispano-cubano-norteamericana), esta nación emergía como un poder dominador sobre el recién estrenado

sobre el asunto la opinión del nicaragüense Julio Valle-Castillo en su “Introducción a Rubén Darío” en *Poesía*, ed. cit., 26-29.

² R. Darío: ed. cit., 347.

siglo XX. El 98 implicaba no sólo la pérdida de las últimas colonias ultramarinas de España con la consiguiente crisis de valores de esa nación europea, sino también un punto capital para la discusión identitaria de los pueblos iberoamericanos, en particular en aquellos de nuestra América donde la influencia estadounidense sustituía viejas hegemonías eurocéntricas. En el trasfondo se situaban las ideas del llamado “panhispanismo” y el creciente peligro “panamericanista”. La situación diferente de Cuba consistía en que “el otro” se posesionó de su territorio nacional hasta 1902 y en lo sucesivo lo sometería a un control más directo que el advertible en otras naciones de América, salvo las que quedaron bajo estatus colonial. El inicio de la era de la “neocolonia” coincidía con un reajuste nacional cubano en todas las esferas de la vida. 1898 era para los cubanos un año de frustración independentista inmediata, pero asimismo el inicio de un proceso histórico del cual no escapa ninguna de las esferas de manifestación de la vida nacional.

Habría que recontar la historia acerca de la situación de la poesía cubana tras la muerte de Julián del Casal a las puertas de sus treinta años de edad y la de José Martí a los cuarenta y dos; esa promoción modernista americana, en abrumadora mayoría, no sería longeva y raro de sus integrantes alcanzó la relativa vejez. El asunto no fue sólo cubano. Pero las muertes de Casal y Martí dejaron vacíos más hondos en la lírica de Cuba, no sólo por las respectivas grandezas de tales personalidades, sino también por el momento histórico que 1898 más bien comenzaba a delimitar. La Guerra de Independencia, iniciada en 1895, condujo a la nación cubana a un instante pinacular de su identidad como nación y por supuesto como cultura, pero asimismo, al concluir en 1898, sus clases sociales económicamente más fuertes se vieron en una común situación de empobrecimiento³, en tanto no ocurría exactamente lo mismo con algunos propietarios peninsulares, o de origen peninsular ya “aplatanados”, que permanecieron en la Isla tras el cese de la dominación española, o con aquellos que se asociaban a los nuevos intereses económicos de la nación vecina. La entrada de los intereses de los Estados Unidos y su dominio político fueron tan intensos que casi ninguna de las diversas modalidades expresivas de la poesía se sintió exceptuada del tratamiento del asunto como tema; el poema que ha quedado como el más ilustrativo de la situación fue “Mi bandera” (1898), de Bonifacio Byrne; el poeta relata en él su estado emocional al regreso del exilio, por encontrar la insignia norteamericana en el sitio donde sólo debía ondear la bandera de Cuba. La poesía popular de 1898 hasta 1910 aproximadamente, tuvo un marcado sentido antiinjerencista, de oposición nada sutil frente a las dos sucesivas intervenciones norteamericanas (1898 y 1906) y a la Enmienda Platt a la joven Constitución republicana. Esto se evidencia en el “decimario” reunido por

³ Para la fundamentación más precisa de tal análisis, debe acudirse a los varios planteamientos de los principales historiadores cubanos; por supuesto que no sólo me refiero aquí al sector de hacendados criollos, ya muy empobrecidos tras la contienda de 1868-1878, sino también a una naciente pequeña burguesía urbana, muy comprometida con los ideales independentistas en la década de 1890.

varios compiladores, entre ellos Samuel Feijóo en *Cuarteta y décima* (1980) y Jesús Orta Ruiz en *Décima y folclor* (1980)⁴.

A la sazón, la poesía cubana mostraba un rezago en relación con el Modernismo, explicado por la crítica por asuntos diversos (como las muertes de Casal y de Martí, la carencia de maestrazgo poético o de figura de altas dotes para asumir el vacío dejado por esas dos voces mayores de la lírica nacional, la frustración de la independencia y el surgimiento de una nación-para-sí realmente sojuzgada por la penetración foránea...), sin que siempre se note que la propia extenuación provocada por la guerra no favorecía el auge poético en una nación probablemente mucho más preocupada por su inmediatez que por un destino nacional cuyo horizonte era bien indefinido. La rarefacción económica, política, social e incluso emotiva en el plano de la aprehensión ciudadana del momento patrio, ni siquiera podía bien sustentar obras que, sin embargo, gozaron de las calidades que supieron sostener poetas como Bonifacio Byrne, Mercedes Matamoros o Federico Uhrbach, principalmente. Fueron años de dispersión entre los poetas que o bien retornaban a Cuba tras la asunción del Gobierno Interventor, o bien permanecían en la Isla sin muchos vínculos con la política. Antes de observar la real medianía que representó una antología como *Arpas cubanas* (1904), cabe distinguir el esfuerzo de reagrupamiento o al menos de coincidencia espacial que ella implicó; es cierto que tal razonamiento no *justifica* las carencias cualitativas inmanentes, pero debe ser válido observar en sus páginas el entonces coetáneo interés de los poetas de Cuba por hallar puntos de encuentros.

Por mucho que pueda señalarse que estos y otros poetas no alcanzaron jerarquías continentales, deberá tenerse en cuenta que la situación cubana distaba de parecerse a la de la América hispánica sede del Modernismo. En España se buscaba en la lírica, como diría Lezama Lima para otras realidades epocales, “cotos de mayor realce”, en tanto aparecía tras 1898 una poesía que quizás sea mejor considerar en tres direcciones: la reflexiva unamuniana o de intimidades no menos reflexivas de Antonio Machado⁵, la modernista a lo Salvador Rueda y la de inclinación neorromántica del propio Rueda o de Francisco Villaespesa.⁶ Dirección aparte iba tejiendo, incluso

⁴ Cf. Jesús Orta Ruiz: *Décima y folclor*. La Habana: Unión, 1980, 148-175. Cita Orta Ruiz décimas de algunos de los poetas de improvisación más connotados de aquellos años; por ejemplo, las de Gregorio Rodríguez sobre el Gobierno Interventor, que finalizan con una admonición: “a Mac Kinley se le advierte [...] hay cubanos que han jurado / la independencia o la muerte”. Ello testifica que si el asunto fue tan fuertemente acogido por los poetas populares, se debe a que la reacción era asimismo popular.

⁵ Respecto a Machado, dice bien Guillermo de Torre: “En rigor, *Campos de Castilla*, pese a haberse publicado en 1912, es un libro que tiene su lugar cronológico exacto en los alrededores de 1898; es el breviario poético de aquella generación y de aquel espíritu. Quizás por ese mismo retraso acierta a resumir, a magnificar, las actitudes sentimentales e intelectuales que los precursores —Unamuno, Azorín, Baroja— habían iniciado respecto a los mismos temas. Es, en una palabra, el complemento poético de esos otros libros capitales de la misma época que se llaman *En torno al casticismo*, *La ruta de Don Quijote*, y *Camino de perfección*”. Guillermo de Torre: *La aventura estética de nuestra edad y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral S.A., 1962, 301-302.

⁶ Aunque fuera de este análisis, debería tenerse en cuenta mejor el papel de Rueda, para algunos críticos de carácter “precursor” del Modernismo y para otros resultado de un poeta que

dentro del Modernismo, Juan Ramón Jiménez, pero es evidente que aún en la década de 1910 la reacción respecto al 98 era bastante fuerte en la poesía de trayecto identitario español, como se advertirá, por ejemplo, en la españolidad de Eduardo Marquina, cuyos poemas de esa hora estaban signados por la preocupación en torno al *ser* español y a su vida contextualizada. La España sufrida tras el “Desastre”, parecía ser asunto de casi toda esta poesía del Modernismo. Si se exceptúa la línea reflexiva, también en la poesía de Cuba pueden identificarse esas direcciones poéticas, si bien hasta aproximadamente 1913 (con la publicación de *Arabescos mentales*, de Regino Boti) se mantuvo una heterogeneidad expresiva que se indefinía bastante entre formas ya dejadas atrás en otras áreas de la lengua; tal es el caso de un romanticismo extemporáneo o en ocasiones mixturado con rasgos del modernismo; poetas como Mercedes Matamoros y Federico Urhbach han sido vistos por algunos críticos como los más avanzados dentro del modernismo cubano, sin ser poetas paradigmáticos de tal movimiento. Ese “modernismo cubano” estaba marcado por la crisis de la nacionalidad que advino tras 1898, se acentuó en 1902 y continuó sin grandes aportes hasta la etapa que la crítica más comúnmente ha querido llamar “postmodernista”. El “postmodernismo” de Cuba no se parecerá tanto al que en México tuvo como figura señera a Enrique González Martínez, porque más bien parece una asunción tardía de la “nueva estética” preconizada por Darío y sus acólitos y que, como es natural, tampoco podía ser un remedo epigónico, dadas las cualidades de los poetas que la emprenden. La “renovación” de Regino E. Boti y de José Manuel Poveda no deberá ser tenida como una exacta “repercusión” del 98 en la lírica de Cuba, porque responde a los rasgos evolutivos de la lírica nacional cubana y es en ellos un momento de verdadero despegue, de dejar detrás los lenguajes y formas manidos o demasiado maridados con un romanticismo negado a desaparecer del todo en la expresión poética insular.

Tal repercusión deberá centrarse en dos asuntos diferentes: 1) respecto a la propia Isla y a su evolución poética, se manifiesta una poesía de corte social que delata la presencia de una tercera nación influyendo sobre los destinos nacionales; 2) respecto a España y al resto de la América hispanohablante, se produce un retorno a Cuba acompañado de una búsqueda de horizontes estéticos en figuras como Darío, Lugones, Herrera y Reissig o Santos Chocano (el primero y el último visitan La Habana entre 1906 y 1910), o inclinando la balanza de la renovación hacia la Península, como intentaron hacer las sociedades culturales y de recreo de los españoles ya definitivamente radicados en Cuba, por medio de la visita a la capital cubana de Salvador Rueda, a quien prepararon una muy divulgada “coronación” en 1910, promoviendo al poeta como “iniciador” modernista y como ejemplo lírico para las juventudes, según referiremos con más detenimiento en el capítulo primero. Lo segundo es típico de las

fusionó elementos de la nueva poética con temas y formas de origen romántico; quizás por ello Rueda puede acercarse más al neorromanticismo que también cultivó el modernista mexicano Amado Nervo. Que Rueda escribiera y publicara poemas antes de que lo hicieran Darío o Martí, no debería ser pie de la afirmación de su precursoría, pues no hay evidencias de que sus primeros textos andaluces, bastante localistas, contasen con los principios renovadores que el Modernismo entraña [...] Respecto a la “clasificación” por orientaciones que propongo aquí sobre la poesía de España, véase al respecto la amplia bibliografía que sobre ella existe.

etapas (y no de un solo hecho histórico) en que se pierden las figuras capitales, en tanto los poetas vivos no poseen el empuje verbal suficiente como para sustituirlas y buscan en el exterior o en el pasado inmediato asideros estéticos, en tanto ellos mismos precisan expresar la viva circunstancia que los rodea, lo cual implica un “contenidismo” predominante sobre las conquistas formales. Ese “contenidismo” justifica cierta zona de la poesía de Cuba, escrita entre 1898 y 1906, en la que predominan el canto civil y el antiinjerencismo (del aludido Byrne o Augusto E. Madam, entre otros), el recuento de la gesta independentista recién finalizada (canto a la gloria de los héroes cubanos, a sus batallas y a la propia nación mediante sus símbolos) o, por último, cierto desasimiento de la circunstancia por medio de una poesía por lo común de tema amoroso, que luego (década de 1910) dará lugar al neorromanticismo de Guillermo de Montagú, Hilarión Cabrisas o Gustavo Sánchez Galarraga, quienes, por cierto, contribuirán bastante a la línea de canto patriótico-civil de exaltación de la Guerra de Independencia.

En el medio de estas inclinaciones que parecen ser los más claros reflejos de las circunstancias que propició 1898 en la poesía de Cuba, se produce un hecho significativo relativo a la polémica que generó el soneto “La más hermosa”, de Enrique Hernández Miyares. Se discutió acerca de la exacta paternidad del poema, acusado de ser plagio de otro del poeta andaluz Francisco Rodríguez Marín, quien, consultado, negó la posibilidad de que aquel texto imitara alguno suyo. Este suceso, al que volveremos en el capítulo primero, motivó debates, incluso libros, y parece más bien una no aceptación de la crisis de la cultura española (el llamado “Desastre”) mediante lo que en la superficie parecería una simple discusión estética; las fuerzas peninsulares de la Isla, bajo el llamado “síndrome del 98”, querían reafirmar al menos por vías estéticas el perdido hegemonismo español en otras esferas vitales. Ello está subterráneamente muy relacionado con la invitación, visita y coronación de Rueda en La Habana. Hay una más que sutil vinculación entre los documentos de cubanos y españoles en torno a la polémica sobre el poema de Hernández Miyares y los discursos que acompañaron a la coronación de Rueda⁷. Es evidente que lo que se discutía resultaba también extraliterario, porque su verdadero fondo respondía a una crisis de identidad que implicaba reafirmaciones identitarias sobre las culturas de Cuba y España. Más allá de lo anecdótico de la polémica sobre un poema, o sobre una coronación que no levantó polémicas, pero sí suspicacias⁸, se encuentra el asunto de crisis nacionales cuyo año de efervescencia es 1898.

⁷ Cf. Salvador Rueda: *Poesías completas*. Barcelona: Maucci, 1911. Prólogo de Curro Enríquez. Es sin dudas un libro resultado de su estancia habanera y contiene los principales documentos, discursos y propósitos de la referida coronación. Véase allí mismo el grupo de poemas “cubanos” de Rueda, en especial el referido a la caña de azúcar y la zafra azucarera.

⁸ José Santos Chocano se percató de las intenciones del acto: Rueda como modelo lírico significaba algo más que un desagravio a la España del “Desastre”, puesto que se proponía a través del poeta trazar una suerte de meridiano cultural iberoamericano, incluso allegando las aguas renovadoras del Modernismo a la exmetrópoli. En el antes citado libro de las *Poesías completas* de Rueda, se incluye una carta-saludo-opinión del peruano, uno de cuyos párrafos posee clara definición identitaria: “Ahora bien, Rubén, Nervo, Pichardo siguen en España y estoy seguro de que, sobre res-

Es evidente que tanto para la poesía cubana como para la española, Modernismo y 98 se intervinculan en razones formales y de contenidos, pero en el caso nacional de Cuba los factores evolutivos internos de la poesía implican otras características, basadas en asuntos históricos y propiamente literarios que, incluso, marcarán gran parte del siglo XX. Ellos son responsables de “atraso” respecto a los logros formales y estilísticos del Modernismo, de la sobrevivencia de la sensibilidad aún romántico-decimonónica y de la carencia de iniciativa o de impulso continental hasta entrada la década de 1910, todo lo cual delata, sí, estado transicional, pero no estancamiento repetitivo o desprovisto de obras publicadas, lo cual no aconteció⁹. Incluso en el caso hipotético de que hubiese existido al menos una personalidad poética de alto rango creativo, ¿eran las condiciones sociohistóricas propicias para su desarrollo completo *in situ*? Esas condiciones sociales e imperativos de época favorecieron la carencia de continuidad inmediata de los orbes de Martí y de Casal; si bien la obra poética total del grandioso poeta José Martí fue asunto de conocimiento dos décadas después, la de Julián del Casal era muy bien conocida y difundida, influyente también por su sentido del pesimismo, caro a los creadores finiseculares que le sobreviven. El “estancamiento” que la crítica posterior señaló en la etapa que siguió a 1898 debería ser tenido no exactamente por tal, sino por momento de transición y reorientación a partir del desequilibrio social de la época. Ese momento motivó una nueva evolución en la poesía cubana entre 1913 y 1919, cuando aparecen ya más que signos de renovación y avance en los poemarios *Arabescos mentales*, de Regino E. Boti, y *Versos precursores*, de José Manuel Poveda.

Poesía e identidad cultural están estrechamente relacionados. Si alguna duda pudiera haber respecto a tal afirmación, los acontecimientos líricos e histórico-sociales de la Cuba de 1898 a 1906 lo ejemplifican o demuestran. Los cambios que se producen en la nación cubana a partir de ese año repercutirán primero en desorientación y dispersión, luego en búsqueda de orientación y concierto, y finalmente en evolución consumada de la poesía insular.

quemores que desaparecen bajo la maternidad del Ideal, me envían el encargo de que en su nombre, tanto como en el mío propio, haga saber la obligación moral e intelectual en que nuestra América está para con Salvador Rueda, verdadero poeta de su España y verdadero hombre de su raza”. O sea, deja bien en claro que saluda el arribo americano del poeta español, que es voz de España que llega al la tierra de Darío, Nervo y del cubano Manuel Serafín Pichardo, a quien seguramente mencionará por la cortesía de tratarse de un poeta de la tierra americana que homenaja a Rueda.

La crítica cubano-española inmediata posterior (de Federico de Onís a la del cubano-dominicano Max Henríquez Ureña, por ejemplos) señaló reiteradamente la condición de “estancamiento” de la literatura de Cuba en el lapso finisecular del XIX hasta la aparición de *Arabescos mentales*. Además de que toda crítica inmediata suele no bien apreciar lo que le precede, hay aquí una evidente confusión genérica respecto a la poesía nunca estancada y la narrativa o el teatro; no hay estancamiento porque es evidente que se manifiesta un desarrollo cuantitativo en el orden de las publicaciones de libros de poesía, unido a un afán palmario de superación no evasiva de las circunstancias. Poesía y sociedad cubanas están en un franco proceso de desarrollo.